

colocar á su muger junto al altar, y, para complemento de escándalo, publicaba en su periódico esta conducta tan impía como infame. También prometió á la comision de la salud pública escribir contra la confesion, y parece que desde mucho tiempo á aquella parte llevaba ya en su alma la incredulidad y en su corazon la inmundicia. Estractados están estos pormenores de los *Anales de la religion*, publicados en 1795 y años siguientes, su autor Desbois, t. I, pág. 263 y 264. Estos anales constitucionales revelan también algunas indecencias de otros obispos de este partido. Léese por ejemplo en el mismo volumen que, á 17 de noviembre de 1793, hallándose de misionero en las Ardenas Massieu, del cual hemos hablado mas arriba, se asoció á ciertos clubistas que estaban paseando un maniquí, caricatura del Papa, sentado encima de un jumento. Léese también que se saquearon las iglesias, que se profanaron los vasos sagrados, y que se insultó la religion en un discurso pronunciado en el púlpito. Por último echan en rostro los *Anales* á Marolles, obispo del Aisne, el haber ofrecido en su diócesis el ejemplo de la defeccion, y á la verdad puede dárselos entero crédito, por lo concerniente á estas deplorables revelaciones. Diot, metropolitano de la Marne, se revistió del bonete rojo, cooperó al culto de la Razon, se ensució con escesos que hasta los suyos le zahirieron despues, y pronunció el 6 de noviembre, al casar á uno de sus presbíteros, un discurso

en que le felicitaba por *reunir las cualidades de sacerdote y de esposo, y por haber sacudido las preocupaciones y el yugo de una ley que no habia podido imponerse sin la autoridad civil, y que debia cesar desde el momento en que era rechazada por el soberano*. Savines, obispo de la Ardeche, renunció el 1º de diciembre á sus funciones, y despojándose de sus hábitos pontificales delante de la administracion departamental se degradó así él mismo, y entregó su báculo, mitra, cruz, caliz, vaso de los santos oleos y todos los ornamentos de su dignidad; autorizó, segun dicen, y aun predicó los mayores errores, y dió en tales irregularidades y estravagancias que se vieron precisados á separarle de la sociedad. Lefessier, obispo del Orne, remitió á la municipalidad de Seez, segun proceso verbal, todas sus letras de orden, su anillo y cruz, y dijo *que estando prohibido todo culto público, y reconocido contrario al orden social y á la tranquilidad, remitia estos objetos renunciando á ejercer ninguna funcion eclesiástica y abdicándolas todas enteramente*. Panisset, obispo del Monte-Blanco, renunció igualmente á sus funciones, y reconoció despues que esto no era mas que una apostasia desfigurada. Ya hemos citado á cinco obispos que contrajeron matrimonio, Lindet, Massieu, Jarente, Torne y Pontard. Ademas de estos, otros cuatro se mancharon con el mismo oprobio, á saber: Porion, obispo del Paso-de-Calais, Laurent, del Allier, Pontard, de la Dordogue, Dumau-

chel, del Gard, y Joubert, de la Charente. De este modo defendía la religion la Iglesia constitucional. Tales eran los gloriosos ejemplos que daban veinte y siete de sus primeros pastores. Y aun no pretendemos nosotros conocer á todos los que mostraron la misma vileza. Los tiempos de terror que siguieron han podido sepultar muchas operaciones vergonzosas, y se ha tenido gran cuidado en ocultar al público los actos ignominiosos. La defeccion de este clero sirvió á las ideas de los enemigos de la religion. El culto fué proscrito en los departamentos como lo habia sido en París. La impiedad habia dicho como el salmista: *hagamos cesar las festividades de Dios sobre la tierra*, y lo logró por algun tiempo. Ya no se permitió adorar al Altísimo: declararse cristiano hubiera sido esponerse á la muerte: nuestros templos desiertos ó profanados no ofrecian sino un espectáculo de afliccion; y sin altares, sin sacrificios (casi diria sin Dios), nos asemejábamos á los estúpidos salvages, que no tienen idea alguna de un Ser omnipotente, si acaso hay en algun rincon de la tierra quien lleve tan lejos su brutalidad.

— El 10 de diciembre, derrota y mortandad de los realistas de la Vendea en la ciudad de Mans. Las provincias del oeste habian hecho á la revolucion una oposicion perseverante. Constantemente habian manifestado los habitantes de este pais una invencible repugnancia á las innovaciones politicas y religiosas. Veíanse malquistos en él los sa-

cerdotes *juramentados*, los compradores de bienes nacionales y los ejecutores de los nuevos decretos. Desde 1791 habia habido ya un proyecto de levantamiento en la Bretaña. Incubó el descontento general á la sordina todo este año y el siguiente, y á principios de 1793 estalló la sublevacion con motivo de una considerable leva que se decretó para aumentar el ejército. Tanto la parte de la Bretaña y del Aujou, que está al mediodia del Loire, como la parte limítrofe del Poitou, corrieron á las armas, acaudillados por muchos gefes, la mayor parte señores del pais. No debemos estendernos en los pormenores de esta guerra, tan prolongada y alternativa, la cual, si por una parte nos ofrece ejemplos de espantosas crueldades y horribles represalias, tambien nos los presenta de hermosos rasgos de generosidad, valentia y desprendimiento. Muchos gefes realistas dieron constantemente ejemplos de una moderacion, de una fidelidad, de una disciplina que no tuvieron imitadores. Formóse en Chatillon un consejo superior, cuyo presidente era un cura de Dol, llamado Gabriel Guillot de Fobleville, el cual tomaba el título de obispo de Agra y de vicario apostólico. Con este título imponente embaucó á los realistas de la Vendea, á pesar de haberles ya prevenido un breve con fecha 31 de julio de 1793 de Pio IV contra tamaña impostura, haciéndoles saber que no habia semejante obispo de Agra. Componíase ademas el consejo de Chatillon de otros muchos eclesiásticos,

entre los cuales descollara el abate Bernier, cura de San-Laud de Angers, y corifeo de una grande influencia sobre este partido, al cual sirvió por algun tiempo con mucho celo. Al principio todo anduvo favorablemente, batieron los realistas á algunos generales que se enviaron contra ellos, dando pruebas de exacta disciplina los soldados y de caritativa piedad los gefes. Dice un historiador *que no se hubiese oido en todo el campo una blasfemia, precediendo al combate la plegaria.* Aunque estas virtudes se alteraron con el tiempo, daban á la sazón una idea de las nobles y religiosas miras que animaron al principio la Vendea. En 1793, habiendo vadeado el Loire este ejército, á consecuencia de algunas derrotas, tentó apoderarse de un puerto que le hubiere puesto en comunicacion con los ingleses y le hubiese facilitado la introduccion de socorros estrangeros. Mas derrotáronle otra vez en Granville, y en su retirada, se vió atacado todavía en la ciudad de Mans por las tropas republicanas que los destrozaron completamente. Degollaron los vencedores á sangre fria, despues de la batalla, hasta á las mugeres y niños que iban en zaga al ejército realista, sin que escapasen de esta horrible mortandad ni los heridos ni los enfermos. Una legislacion atroz habia declarado á los habitantes de este país *fuera de la ley*, y decretado sucesivamente la devastacion de las aldeas y el rapto de las mugeres y niños. Generales feroces acrecentaban todavía estos horrores y soltaban la rienda á

la crueldad de la bárbara soldadesca. Los estragos, la destruccion, los suplicios sellaban las huellas de las tropas republicanas, barbarie que pareció redoblarse despues de la derrota de Mans. Los desdichados realistas iban errando sin direccion por todas partes, para ser inmolados sin distincion de edad ni sexo. Quinientos de estos infelices, que se rindieron en Savenay, fueron pasados inhumanamente por las armas. Arcabuceóse por espacio de ocho dias en este lugar los restos de esta fuerza, y antes se rindieron de fatiga los verdugos contando las víctimas, que inmolándolas, permaneciendo sus cadáveres amontonados para que acusasen á la vez su impasibilidad y su barbarie. Estas sangrientas escenas acabaron con lo que se llamaba la gran Vendea. A duras penas pudieron evadirse algunos gefes y de los sesenta mil y pico que habian vadeado el Loire apenas lo volvieron á vadear despues de la derrota cuatro mil. Hallábase entre los últimos el cura de San-Laud, y reconocido por lo que era en realidad este pretendido obispo de Agra, perdió la confianza y hasta se trató de hacer un ejemplar en él. Encargáronse los republicanos de su castigo, hecho prisionero despues de la derrota de Mans, lo fusilaron en Angers á 6 de enero de 1794. Dícese que reveló entonces su impostura y que pidió perdon por ella. Muchos gefes sufrieron igual suerte, habiéndose convertido Nantes á la sazón en teatro de escandalosas atrocidades. Pesquisas, delaciones, encarcelamientos, ejecuciones, hé aquí



los efectos de la mision del abominable Carrier. Cincuenta y ocho sacerdotes enviados desde Nevers á Angers y de aquí á Nantes, perecieron todos ahogados á la vez; nuevo suplicio, inventado por este representante, el cual tenia la impudencia de chancearse de estas atrocidades en sus partes. Cuatro de estas horribles ejecuciones constan en la causa que se le formó. En una de ellas fueron pasados por las armas ochocientos individuos de toda edad y sexo, por cuanto la barca no se iba á pique con bastante rapidez. Juzgaba una comision militar diariamente de unos ciento cincuenta á trescientos vendedanos; así es que en un mes pudieron perecer cerca de tres mil. En una pradera no lejos de Angers pasaron por las armas á mil doscientos. Igual tratamiento se dió en Noirmoutier á dos mil realistas que se habian rendido á discrecion. Con ellos estaba d'Elbec, uno de sus gefes. Clérigos, niños, mugeres fueron muertos á metralla y fusilados. En este pais desgraciado corria la sangre por todas partes. Unos que otros gefes quisieron en vano luchar todavía contra el ascendiente republicano. Se conoce los nombres de Charrette, de Stofflet y algunos otros generales realistas. El abate Bernier era el consejero de este último. Pasó el año 1794 sin que se pudiese alcanzarlos. Vencidos en una provincia se retiraban en otra, y muy luego volvian á parecer con nuevas fuerzas, hasta que al principio de 1795 concluyeron una paz que bien pronto se cambió en hostilidades, precediendo de muy poco su fin trágico.

— El 8 de marzo, muerte de Condorcet. Se sabe cual fué el triste fin de este corifeo de la filosofía. Forzado á ocultarse durante el terror, salió de París y andaba errante de una á otra parte sin poder hallar un asilo. La hambre le precisó á entrar en una posada, en donde fué arrestado. Su aire azorado, su figura macilenta y pálida le hicieron traicion: fué puesto en las cárceles del Burgo-la-Reina, en donde pereció de hambre y de desesperacion. Tal fué la deplorable suerte que la revolucion vino á procurar á este acalorado partidario de ella. Este era uno de los mas famosos adeptos de la filosofía, y Voltaire parecia haberle legado al morir todo su odio contra el cristianismo. Este odio formó el caracter distintivo de Condorcet. La palabra de religion escitaba en él los trasportes que se hallan pintados en sus escritos. Allí se ve en toda ocasion, á cada momento, entremezclarse contra ella las burlas, las declamaciones, las injurias, las blasfemias. Hasta en sus mismas chanzas se distingue el apasionado acento de la cólera. Sus escritos irreligiosos son principalmente las *Cartas de un teólogo al autor de los tres siglos literarios*, la *Vida de Turgot*, la *de Voltaire*, y el *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*. La pri-